

gada en las manos de los lectores. No quiso ver el hondo sentido de piedad, hacia los desarrapados de la sociedad, hacia los vicios y las prosmicuidades del burdel que allí circula. Del mismo modo fué incapaz de entender el movimiento de liberación que encerraba la literatura de Iris, en cuanto se refiere a la mujer y a su destino en estas sociedades. Las ligaduras dogmáticas le impidieron volar más allá de los conceptos formales de la religión y para él, las virtudes, como las costumbres de la sociedad no podían ser quebrantadas por las ideas nuevas. A Orrego Luco le achacó ser un antirreligioso y confesó que su libro «Casa Grande», que sin embargo aplaude en mucos aspectos, tenía descripciones que eran repugnantes para un católico. En todo momento salía a luz esta preocupación de la defensa católica y esto ciertamente le hacía incurrir, como ya se ha dicho, en errores frecuentes de apreciación y sobre todo en continuas injusticias.

Veremos en otro artículo algunos aspectos de esta labor crítica que ha sido ya entregada al juicio público en los dos volúmenes últimamente publicados.—DOMINGO MELFI D.

■
<https://doi.org/10.29393/At187-10BCEM10010>

EL BLASFEMO CORONADO, de *Humberto Díaz Casanueva*. Caracas.
Noviembre de 1940

Después de la publicación de «El Blasfemo Coronado», Díaz Casanueva podría repetir lo que Rilke escribía en 1912: «Quedaré siempre como convaleciente de este libro...». El clima poético de «El Blasfemo Coronado» es el producto de experiencias internas terribles y de las fecundas fuerzas de una imaginación privilegiada. Su dramatismo simbólico resulta del miedo y de la angustia frente al tiempo humano que es la muerte y de la heroica tentativa de considerar los límites terrestres no como accidentes sino como su condición primordial.

Ello sucede en este gran poeta en una forma lúcida, lo que es extraño en nuestra América en que la poesía brota casi siempre en una inspiración libre y gratuita. Sin embargo, la lucidez de Díaz Casanueva no ha logrado resolver su dualismo interior ni salvar su obra del pecado fatal del hermetismo. La realidad permanece ante él como una potencia escondida y burlona. ¿Tendrá este poeta que apagar el centelleo de su poesía y hacer plenamente su entrada en la metafísica?

A pesar de la base maravillosamente inteligente que es el soporte de la actitud estética de Díaz Casanueva, su conflicto trágico es tan agudo e irradia en forma tan original, que no dudamos en señalar su obra como una piedra angular de la naciente poesía iberoamericana. Es el primer intento serio y orgánico que conocemos de superación rigurosa del ciclo de poesía disgregada de nuestra generación sin necesidad de apelar a «retornos» clásicos ni desenterrar vetustas retóricas. Díaz Casanueva se anuda manifiestamente a las grandes obras poéticas de la humanidad en que el miedo y el goce terrestres poseían una superabundancia de expresión mágica y simbólica y en que los mitos eran activos e inherentes a la conducta del hombre sobre el mundo y a su marcha hacia el gran misterio. En nuestra época de exaltación material y racionalista, en que la pobreza de la vida banal se une a la tragedia, el hombre siente la necesidad de buscar nuevamente cierta unidad dentro de su desorden psíquico y aparente seguridad y bucea dentro de sí y a su alrededor en una tentativa de alucinación y angustia por recuperar otra vez una imagen del mundo que sea integrada por la gracia invisible de las fuerzas míticas, religiosas y metafísicas. La realidad vuelve otra vez a ser un oscuro dominio y el poeta el primer lector de sus cifras inagotables.

El erotismo y satanismo de Pablo de Rokha y de Neruda —en que resuenan los acordes de la gran lujuria baudelariana transportada a nuestra América bárbara y sensual y mantenida por el alma criolla impermeable al drama del espíritu— quedan

confundidos y traspasados por este inmenso Blasfemo Coronado. También quedan definitivamente rotas las cuerdas de metal del viejo modernismo rubendariano y su lujo y pedrería. Y luego los fuegos locos del surrealismo encuentran aquí un orquestador que los ciñe y utiliza para su exacta función; la salida del ser profundo a través de la vieja razón occidental que durante tanto tiempo nos ha encubierto nuestro verdadero drama interior. Aun más queda definitivamente roto para el poeta americano el lazo que lo unía a cierta tradición clásica de la poesía española en que se perpetuaba el hielo de la latinidad. Díaz Casanueva ha buscado, conscientemente, para su poesía ritmos sálmicos y bárbaros, proclamando así la autonomía de la poesía americana por una tentativa de integración de lengua virgen, de la cualidad onírica y a la vez carnal.

Encontramos en este poema, por primera vez en América, la pureza de la concepción dionisiaca de hombre moderno, así como Nietzsche la instruyó antes de precipitarse en las sombras de la locura. Las fuerzas abismales se concentran para transparentar un poco la esencia pura del universo. Pero la incoherencia y la simple aventura automática y verbal han sido sofocadas mediante un heroico esfuerzo catártico. De ahí la fosforescencia que despide este libro en nuestras manos, libro preñado de obscuridad, pero tendido firmemente hacia la luz. De sus páginas brota como una lejana luz de incendio, las señales del misterio bienhechor que abriga al hombre aun en medio de la calle, el sueño del Fausto dormido.

Indudablemente que lo salvaje y elemental, como también lo arbitrario y lo místico informan sus visiones. Hay mucha metamorfosis pensante, cierta legitimación del misterio dentro de la realidad y de la profundidad más absoluta de la conciencia cósmica; hay una fluencia de grandes fuerzas irracionales al reino del espíritu. Como las iluminaciones de Rimbaud, esta poesía utiliza cierto don adivinatorio y sonambúlico para penetrarse a través del sueño y respirar en lo real, que trata el poeta

de expresar en sus «visiones objetivas» con una fuerza imaginativa tan potente como no la encontramos en ningún poeta actual sudamericano y cuyo parangón sólo estaría en los poemas de Ossian o en el Apocalipsis de San Juan de Patmos. Su lenguaje simbólico, tan rico en imágenes sorprendentes y sugerencias extrañas y atroces, lucha con la intención de dar un sentido claro y orgánico a su poema. Pero lo sombrío y lo mágico pueden más que su voluntad apolínea y Díaz Casanueva se debate en su mitología personal casi incomunicable, a pesar de su llamado a la cotidianidad y a la temporalidad parece que quisiera enrielar su extraordinaria videncia poética. Hay demasiada inquisición para que el poeta pueda avanzar entre las cosas. La encantadora tristeza de su conciencia y el fruto trágico que madura en él lo hacen víctima de substituciones, de apariencias de lo real por otras apariencias.

Paradojal es esta poesía y dramática, siempre dramática. A su hiperconciencia para el misterio poético corresponde una disponibilidad para lo real, una desesperada tentativa de liberarse de sus terribles experiencias esotéricas. Con verdadera autenticidad expresa el miedo ante el mundo y la mutilación dentro del hombre de su sentido para lo universal y la red de sus símbolos se tiende sugestiva y patética. Cuán distante está el realismo dramático de Díaz Casanueva del realismo místico de Claudel. Alegría nos causa constatar que en estas tierras se ha producido el caso de un poeta que quiere sumergir su poesía en los grandes problemas que agitan al hombre profundo de nuestros días. Ojalá que alguna vez este gran poeta alcance a realizarse en el «mediodía profundo» y que cese de extenuarse en la gimnasia dentro de los muros de su prisión. «Yo estoy en los brazos de las sombras, solo...» dice Paul Eluard. ¿Acaso lo real de Díaz Casanueva es solamente una forma de su soledad nocturna? Aguardemos sus nuevos cantos.

—FRANCISCO LOBEIRO.